CAE LA PAGODA LEIFENG

Durante muchos años, Pequeña Verde se templó en una profunda montaña. Cuando consideró que ya tenía la habilidad necesaria volvió a Hangzhou para ajustar cuentas con Fa Hai.

Fa Hai seguía vigilando la pagoda. Pequeña Verde lo encontró en el templo Pura Piedad. De inmediato, trabó con él una terrible batalla al pie de la montaña Nanping. Después de tres días seguidos con sus noches de pelea, la victoria no se decidía ni por una ni por el otro. El fragor de las armas no sólo estremecía las montañas y la tierra, sino que llegaba hasta el Cielo Occidental. El ruido de la batalla despertó Buda Tathagata. Abrió los ojos y no encontró sus tesoros: se los habían robado. Indignado, de pie sobre una flor de loto, encima de la nube de la fortuna, partió en busca de sus tesoros.

Cuando Buda llegó a Hangzhou, Fa Hai estaba en pleno combate. Evitó un golpe de espada y levantó el bastón de dragón verde para golpear a Pequeña Verde. En ese momento, Buda movió la mano y el bastón de dragón verde escapó de la mano de Fa Hai y se fue volando al cielo. Fa Hai, muy aturdido, se quitó apresuradamente el hábito para cubrirse con él. Pero el hábito voló también al cielo.

La Pagoda Lejfeng se derrumbó en medio de un gran estruendo. Y, por último, la escudilla de oro también voló al cielo.

Blanca salió por entre las ruinas de la Pagoda Leifeng y se unió a Pequeña Verde en la pelea. La verdad era que Fa Hai no tenía mucha destreza. Ahora, sin los tesoros, ¿cómo podía medirse con Blanca y Pequeña Verde? Entonces, convirtiéndose en una columna de humo negro, huyó hacia el Cielo Occidental para rogar a Buda Tathagata que le perdonara la vida. Buda, al ver que Fa Hai tenía un corazón muy malo, de un puntapié, haciéndole dar volteretas, lo lanzó hasta el Lago del Oeste.

Blanca sacó de su cabello el alfiler, lo agitó al viento y se convirtió en una bandera de mando.

Pequeña Verde la recibió. Volvió a agitarla sobre la cabeza tres veces y el lago se secó. Fa Hai corrió por todas partes buscando un refugio.

Al no encontrar ninguno, aprovechando una pequeña brecha en el vientre de un cangrejo, se metió por él. Y ahí quedó encerrado para siempre.

Antes de esto, los cangrejos caminaban hacia adelante. Pero, desde que Fa Hai se metió en el vientre de un cangrejo, comenzaron a caminar de lado. Y, ahora, cuando uno come cangrejos aún puede verse a este monje en su concha.